Ligado de manera constante a su localidad provenzal de origen, Manosque, salvo algún esporádico viaje a Mallorca, Jean Giono es conocido por títulos como 'El hombre que plantaba árboles', publicado en su día por el sello mallorquín Olañeta, o 'El húsar en el tejado', trasladado a la pantalla. Ahora aparece 'Un rey sin diversión' en Impedimenta

Giono, el mago de Manosque

Narrativa

POR **VICENTE VALERO**

■ Nació, vivió y murió en un pequeño pueblo provenzal, Manosque, en la privilegiada naturaleza del Luberon, donde los gallos salvajes y la lavanda crecen bajo las brumas alpinas y el sol azul del Mediterráneo. Dicen que apenas salió de allí, salvo para unos pocos viajes de placer: algunos de ellos a Mallorca. Autodidacta, solitario, caminante empedernido, Jean Giono (1895-1970) es uno de los más raros escritores franceses del pasado siglo pero sin su prosa difícilmente habría surgido un Pierre Michon, por poner un solo ejemplo notable de nuestros días. Su fortuna en España ha sido desigual. La mayor parte de su obra novelística –más de una veintena de títulos– no ha sido traducida, aunque sí lo han sido algunos de sus libros más célebres: *Colina* (Narcea, 1970), *El canto del mundo* (Fontamara, 1979) y *El húsar en el tejado* (Anagrama, 1998). Mucho más conocido entre nosotros es el delicioso relato *El hombre que plantaba árboles*, publicado por Olañeta en 1998 y por Duomo en 2010. Y se ha traducido también recientemente su magnífico ensayo sobre Melville –de quien tradujo al francés su monumental *Moby Dick*–, titulado *Homenaje a Melville* (Paidós, 2009).

La editorial Impedimenta publica ahora *Un rey sin diversión*, traducida por Isabel Núñez, quien firma además un buen prólogo, clarificador y entusiasta. Y hay motivos para el entusiasmo, porque lo cierto es que esta novela, publicada por primera vez en 1946, es, como bien juzga su traductora, «maravillosa, capaz de atrapar a los buenos lectores y de suscitar su deseo de seguir leyendo al prolífico y original Jean Giono». Ojalá la publicación de esta novela signifique también el principio de una serie de traducciones que consigan despertar y consolidar el interés por este escritor cuya prosa está a la altura de sus originales historias, coincidencia esta que, como es sabido, suele darse pocas veces en la literatura.

Jean Giono, en el centro, con el actor Fernandel y el hijo de éste. D.I.

Novela negra y psicológica

Un rey sin diversión contiene un argumento complejo, unos personajes principales llenos de luces y de sombras cuyo rasgo esencial de su personalidad es el enigma particular que envuelve a cada uno de ellos, y un escenario nevado de alta montaña, un paisaje frío casi inhabitable, un pueblo en lo más alto de la nada con sus lobos y sus hombres que son lobos para el hombre. Hay un asesino en serie, como lo llamaríamos ahora, pero no consigue ser el protagonista: no es más que una sombra, unas huellas en la nieve, el miedo a lo desconocido, el otro. Y un investigador excéntrico llamado Langlois –éste sí que es protagonista–, que es mucho más que un investigador policial como el capitán Akab era también mucho más que un simple cazador de ballenas.

Pero aquí la ballena carece de forma definida: su monstruosidad compleja está diluida en las sombras del pueblo y en la psicología de los personajes, en la naturaleza misma y en su carácter profundo e ignoto, en la violencia que emana tanto del paisaje y como del corazón.

Giono es un maestro de la composición y un mago del lenguaje. El asesino es capturado en la mitad del relato: lo que viene después de la novela negra es otra novela psicológica absorbente, pero también un brillante relato de suspense lleno de humor y poesía. Langlois, qué personaje. Y las mujeres que lo acompañan: Madame Tim y la apodada Salchicha. Los tres avanzan por la novela sin saber bien hacia qué ni cómo, sostienen un argumento que es como la nieve: un paisaje de huellas solitarias que se borran, una nada poblada de sueños.

La prosa de Giono los absorbe a todos y absorbe al lector de una manera profunda, con su cadencia mágica, con su brillante talento descriptivo (¿qué poeta ha sido capaz de saludar la llegada del otoño como lo hace Giono en las páginas 41 y 42 de esta novela?). *Un rey sin diversión* es una novela que seduce y embriaga: no se puede creer lo que se está viendo, pero el caso es que sucede, lo leemos. Como las gotas de sangre en la nieve que seducen hasta la locura al enigmático Langlois, se diría que las páginas de este libro seducen al lector también por su belleza, por su misterio oscuro y su crueldad latente.

JEAN GIONO
Un rey sin diversión
▶Traducción de Isabel Núñez
IMPEDIMENTA, 224 PÁGINAS, 18,60 €

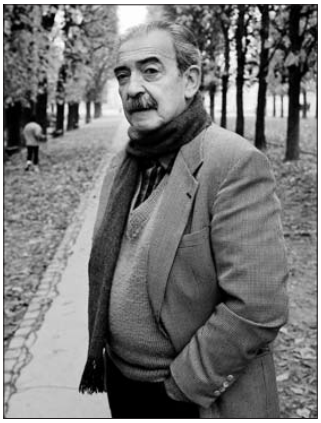
La dimensión Gelman

Poesía

POR **LUCAS MARTÍN**

■ Gelman. La cascada intratable de Gelman. Su hospitalaria desnudez. Descarnada, lúcida, noble, mayúscula, con sentido del humor. El poeta, ganador del Premio Cervantes, hace ya bastante tiempo que habita en una dimensión cada vez más desconocida para el género, hecho definitivamente cosa única, despojado de banalidad. Gelman, al que algunos poetas locales dan últimamente palmadas en la espalda, animados por su condición de superviviente y latinoamericano, lo que en algunas cabezas suena, ay, todavía a exotismo y no competición, se ha quedado solo con su florete en la pelea de navajeros en la que a menudo se convierte la literatura en lengua castellana. No por falta de compañía, sino por ambición, por tener una obra única, con mucha más hambre metafísica, estética, con un desgarro más hondo, mayor.

El emperrado corazón amora, su último título, el primero publicado por Tusquets, ahonda en esa condición tan extraña últimamente en la poesía en español. Gelman vuelve a hacer de Gelman y esto supone la continuidad con sus últimos cuatro libros, asentados en el punto de madurez, de gran cocción, iniciado con *Valer la pena* (Visor, 2001), poemario que representará seguramente un antes y un después en su obra y, por qué no, también en el avance del idioma, en su repliegue íntimo, extremo, radical. Una frontera que, en este caso, no significa necesariamente que haya que hacer una pira con su palabra anterior, es más, déjense de hogueras, sino que se trata de títulos más acostumbrados a los saltos de registro, geniales, aunque notoriamente diferentes entre sí.



El poeta Juan Gelman. EFE

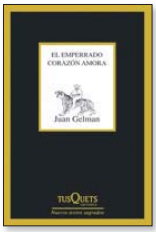
En *El emperrado corazón amora* no hay muchas novedades respecto a su producción anterior. Es el Gelman único, reconocible, de los últimos años. Cada poema, eso sí, funciona como una categoría autónoma, valiente, fiero, explorador, con capacidad para condensar todos los Gelman que se alojan en Gelman sin necesidad de cambiar de nombre y acudir a la tabaquería; el continuador de los místicos españoles, el especulativo, el de las afinidades con Valente, al que dedica un poema hermoso, el de la palabra total.

Leo de nuevo viejos recortes, artículos y entrevistas y me sorprende que sea tan buen tipo. «Escribe, luego no es una buena persona», decía Kafka. Pues, Gelman lo es. Y eso resulta asombroso. Que su lectura no sólo exalte, desasosiegue, cure de los simplismos y de la cursilería, sino que, además, nos vuelva mejores.

Heredero del fin de la historia

Gelman es el autor al que todos nos gustaría tener de padre o de abuelo, sin que esto suponga un desdoro e impida que se le sacralice con el malditismo de las estrellas del rock; pero una estrella del rock consumida por la propia palabra, esto es, si el verbo fuera adolescente tendría un póster de Gelman en su salón. *El emperrado corazón amora* es precisamente eso, un heredero de ese delicioso y esperanzado fin de la historia que transpira en mucho de los poemas de Gelman, superpuestos de tiempo, de tradiciones líricas, de huellas sefarditas, castellanas, rigurosamente clásicas y latinoamericanas en su esplendor.

Uno se pregunta qué será lo próximo. Y se siente, por una vez, malcriado como lector. Se espera cada año un nuevo poemario de Gelman y que éste no desfallezca y esto, en la vida, en la poesía, es mucho pedir. Que la señora, como dice, siga visitándole y sirviéndole de mecha para un ejercicio aventurado, personalísimo, agradecido para el público. Como para carcajearse cien veces de los que dicen que la poesía, la buena poesía, sólo se puede escribir en la juventud.



JUAN GELMAN
El emperrado corazón amora
▶TUSQUETS, 304 PÁGINAS, 19 €